

tender que sus miras se dirigian á hacer la independencia del país, sin advertir que en sus proclamas habia revelado claramente su intento, y que, por lo mismo, nadie debia dudar del fin que se habia propuesto. Pero si para los realistas las palabras de que su objeto no era otro que el de restablecer la constitucion, no envolvian mas que un engaño, para algunos de los independientes que estaban en el fuerte y que las oyeron, fueron motivo de desconfianza y de recelo, haciéndoles dudar con ellas de la sinceridad de sus intenciones, aunque sus impresos y obras no podian ser mas terminantes en favor de la emancipacion (1).

Mina, despues de haber reconocido detenidamente los puntos ocupados por los sitiadores, se propuso apoderarse de uno de ellos haciendo oportunamente una salida, para abrir así comunicacion con el P. Torres y proveerse de víveres y de agua. Meditado el plan, salió, con el mayor sigilo, en la noche del 7 al 8 de Agosto con doscientos cuarenta hombres escogidos, hácia el campamento de

(1) Dice D. Carlos Maria Bustamante, que esta conversacion la tuvieron los interlocutores á distancia de mas de tiro de fusil, por lo cual fué á gritos, y que Mina, despues de decir que su intento era quitar al gobierno de España los recursos de Méjico, para obligarle á jurar la constitucion, añadió: «que siendo esta su idea, no habia pasado á América á favorecer directamente la revolucion, pues que *él no amaba á los americanos ni mucho ni poco*». No es verosímil que Mina pronunciase estas últimas palabras, que de ninguna manera eran necesarias, y que solo hubieran servido, no ya únicamente para enajenarse las simpatías de sus nuevos compañeros de armas, sino para que le hubieran aprehendido y castigado severamente. No hay hombre que cometa la imprudencia de decir que no ama *ni mucho ni poco* al ejército de que le han hecho jefe, y esto á gritos, delante de los mismos jefes y soldados á quienes se ha unido y sin los cuales nada puede ejecutar.

Negrete. Acercándose cautelosamente, se arrojó él mismo, en persona, con treinta hombres de la guardia de Honor y del regimiento de la Union, sobre un reducto enemigo, y del cual se apoderó prontamente. Sin embargo, muy poco tiempo pudo sostenerse en la posicion tomada, pues cargando impetuosamente sobre él las tropas de Nueva Galicia, reforzadas con dos compañías de Zaragoza, tuvo que retirarse con bastantes pérdidas, entre las cuales se contaba la de once soldados que quedaron prisioneros en poder de los realistas, los cuales fueron fusilados al siguiente dia, frente del fuerte, para que fuesen vistos de sus compañeros de armas.

1817. Fracasado su intento, Mina se persuadió
Agosto. de que el fuerte tendria que caer en poder de los realistas, si no salia él mismo á traer los auxilios necesarios para sostener la defensa. Resuelto á realizar su intento, dispuso salir en la noche siguiente á la del ataque frustrado contra Negrete, aprovechando la oscuridad que era intensa y el ruido del viento que se habia desatado, cosas ambas que podian impedir que los sitiadores viesen ni oyesen á la fuerza independiente que tenia preparada. Dispuesta la gente, dejó el mando del fuerte al coronel Young, y acompañado de D. Miguel Borja, de D. Encarnacion Ortiz (el Pachon) y de sus ayudantes, se puso en marcha. Las sombras en que la naturaleza se hallaba envuelta y el ruido del viento le favorecian. Todos marchaban resueltos á morir ó á abrirse paso en caso de encontrar alguna fuerza enemiga. Caminando con sigilo y procurando burlar con todas las precauciones referidas la vigilancia de los sitiadores, se dirigió por los

despeñaderos de la bajada mas pendiente del cerro, y guardando todas las precauciones que dictaba la prudencia, logró al fin pasar sin ser sentido por entre las avanzadas realistas, y verse fuera del campo sitiador. Mina no pensó mas que en acopiar los recursos necesarios para socorrer inmediatamente el fuerte.

Entre tanto que se ocupaba en buscarlos, el P. Torres, que habia reunido algunos víveres para introducirlos en el fuerte del Sombrero, salió conduciéndolos del fuerte de los Remedios, caminando con la mayor celeridad posible y con las precauciones necesarias. Así llegó á la llanura de Silao el 12 de Agosto; pero saliéndole allí al encuentro el jefe realista Ráfols, fué completamente desbaratado, cayendo en poder de los realistas una gran parte de los víveres, logrando el P. Torres salvar el resto porque iban en la retaguardia. Despues de este mal suceso, no volvió á intentar el P. Torres introducir otro nuevo socorro en el sitiado cerro, convencido de que sus tropas, por la falta de instruccion militar, aunque valientes, no estaban en disposicion de poder forzar los puntos defendidos por los realistas, y no porque existiese en él mala fé, como llegó á sospechar equivocadamente Mina. Que la introduccion de víveres en el fuerte era empresa sumamente difícil, tuvo motivo de conocerlo muy pronto, por sí mismo, este valiente jefe. Queriendo introducir agua y víveres en el fuerte, como se habia propuesto al salir de él la noche del 8, llegó á intentarlo, acompañándole Borja y Ortiz; pero á pesar de su empeño no pudo conseguirlo, teniendo que dejar abandonado todo á los realistas, que le persiguieron.

La situacion angustiosa de los sitiados habia llegado
1871. entre tanto al último extremo. El agua reco-
Agosto. gida el dia del aguacero, se habia concluido,
y la sed era devoradora. Unicamente á los niños y mu-
jeres se les siguió permitiendo que bajasen á beberla al
arroyo, aunque prohibiéndoles que llevasen ni un solo
vaso de ella á los sitiados, y una noche que concurrieron
muchas de las segundas, fueron capturadas y conducidas
á Leon. Del dinero cogido en la hacienda del Jaral, solo
quedaban en caja ocho mil duros, pues todo lo demás se
habia gastado en la compra de vestuarios y provisiones,
en que manos poco puras abusaron de la confianza de
Mina, que tuvo que disimular, puesto que el mal no te-
nia ya remedio (1). Respecto de víveres, la escasez em-
pezaba á sentirse; y aun las municiones empezaban á fal-
tar. Viendo que la defensa del fuerte no podia prolongarse,
varios oficiales manifestaron á Young que seria prudente
solicitase una capitulacion, antes de que la carencia de
todo llegase al último extremo. Young, aunque no creia
que se podia esperar nada favorable del paso que se le in-
dicaba, se prestó á darlo, y al efecto nombró de comisio-
nados para proponer un arreglo al Dr. Hennessey y al
abogado D. Mariano Solórzano, vecino de Pázcuaró. El
jefe realista Liñan contestó que no podia conceder otras
condiciones que las de rendirse á discrecion los defen-
sores del fuerte. Young, viendo el estado deplorable á que

(1) Robinson, en la página 137, refiere todos los abusos que se cometieron con la cantidad de plata cogida en el Jaral que era, en gran parte, de la moneda provisional de Zacatecas.

la artillería de los sitiadores habia reducido las fortificaciones; que los fosos se hallaban casi cubiertos por los escombros de las murallas derribadas por las baterías enemigas que los sitiadores habian aproximado á los muros; que era imposible reparar las numerosas brechas abiertas porque el número de trabajadores era escaso, y que no habia esperanza de recibir auxilio ninguno, creyó que lo acertado seria hacer una salida abriéndose paso por el punto mas débil de los sitiadores. Teniendo por acertada esta idea, y con el fin de tratar de los medios de ejecutarla, se dirigió á ver á D. Pedro Moreno que se hallaba en aquellos instantes con varios oficiales del país y con el mayor italiano Mauro, que mandaba la caballería. Young expuso su pensamiento, juzgando como imposible la defensa del fuerte con buen éxito, atendidas las circunstancias. D. Pedro Moreno y sus oficiales desecharon la idea de abandonar la posicion, y contestaron que el fuerte podia aun sostenerse, y que ellos lo defenderian sin necesidad de los norte-americanos. Young se sintió profundamente herido por estas palabras, y para manifestar que su indicacion no habia sido dictada porque temiese el peligro ni la muerte, pretextó que defenderia la posicion hasta que se agotasen todos los recursos, y que moriria antes que rendirse.

1817. El jefe sitiador D. Pascual de Liñan, aunque
Agosto. que comprendia que el fuerte tendria que sucumbir sin necesidad de dar ningun asalto, resolvió dar un ataque, á fin de apoderarse de la posicion sin prolongar el sitio. Dispuestas sus columnas en la tarde del 15 de Agosto para el asalto, marcharon con admirable

denuedo hacia las fortificaciones enemigas. Un vivo y certero fuego de fusilería y de cañon salió de las baterías y trincheras de los sitiados, abriendo terribles claros en las filas de los asaltantes. Estos se detuvieron por un momento; pero queriendo aprovechar Liñan un fuerte aguacero que estaba cayendo, que juzgó inutilizaria las armas de fuego de los sitiados, mandó volver á la carga. Las columnas realistas llegaron hasta el foso, mostrando una bizzarria extraordinaria, y dando el mismo Liñan pruebas de notable denuedo; pero cesando en esos momentos la lluvia, los sitiados llegaron á hacer un fuego horroroso y á derrumbar las piedras que estaban acopiadas sobre los muros, obligando á los realistas á retroceder, hiriéndoles y matándoles mas de doscientos soldados, ascendiendo las bajas del batallon de Zaragoza á 119 y las del de Navarra á 67(1). El número de oficiales muertos fué proporcionado al de los soldados, y lo mismo puede decirse respecto de los que salieron heridos. Los sitiados perdieron al coronel Young, á quien una de las últimas balas de cañon disparadas por los realistas le llevó la cabeza en los momentos en que estaba hablando sobre una peña con el Dr. Hennessey. En la mañana de aquel mismo dia habia muerto en su tienda de campaña por un accidente semejante, el teniente coronel de Zaragoza D. Manuel Sactor, quedando herido el primer ayudante D. Pedro de Ugarte.

Muerto el coronel Young, le sucedió en el mando del fuerte el teniente coronel D. Juan Davis Bradburn. Una

(1) Consta esto de los estados remitidos por los jefes de los dos cuerpos referidos. No hay en el archivo estados de los demás cuerpos.

nueva calamidad se agregó bien pronto á las muchas que ya sufría la guarnicion independiente: esa nueva calamidad era la fetidez que despedían los cadáveres de los realistas que habian quedado insepultos en el foso. Siendo ya imposible la defensa del cerro, porque de todo se carecía, se resolvió salir de él antes de que se agotasen hasta los medios para verificarlo. Resuelta su evacuacion, se clavaron los cañones, se inutilizó el armamento que no se podia sacar así como las municiones, y se enterró el poco dinero que quedaba. Eran las once de la noche del 19 cuando se dió la órden de marcha: el cielo estaba oscuro y la tierra envuelta en sombras como si intentasen proteger la salida de los sitiados. La tropa se formó en el mayor silencio y echó á andar, dejando á los enfermos y heridos en el fuerte, por ser imposible llevarlos. En vano clamaban que no les abandonasen: la salvacion de los mas exigía la desgracia de los menos, y el corazon de los que se ausentaban tenia que cerrarse por precision á los tristes ayes de los que no podian seguirles.

1817. La columna que abandonaba el fuerte em-
 Agosto. pezó á bajar á la barranca con el mayor silencio; pero una falta de precaucion de Bradburn fué causa de que fuese descubierta. Esta falta de precaucion fué el haberdejado que fuesen por delante las mujeres y los muchachos que, careciendo de la prudencia que exigía la situacion, marchaban apresuradamente y no con el silencio necesario. La avanzada realista dió inmediatamente la voz de alarma, y el campamento todo se puso instantáneamente en movimiento por las señas que dieron los cohetes de luz, como estaba prevenido. Un fuego activo de fusilería se

escuchó bien pronto en medio de la oscuridad, hecho sobre los grupos que entre las sombras se movian. Los gritos de los niños y de las mujeres, los lamentos de los heridos que se veian atropellados por los que sobre ellos pasaban para huir; las voces de las madres llamando á sus hijos que se habian perdido en la confusion y la oscuridad; la ansiedad de unos por pasar al otro lado de la barranca y el afan de otros por volver al fuerte, presentaba un cuadro aterrador que no seria fácil describir. La guarnicion independiente hubiera salido probablemente sin ser vista por los realistas, si los jefes hubiesen dispuesto que las mujeres y los niños permaneciesen en el fuerte mientras la columna llegaba á verse fuera del cerco, ó que hubieran marchado detrás, á regular distancia de la tropa. Fuera ésta del peligro, no podia temerse ya desgracia ninguna, pues las mujeres y los niños, á quienes los realistas dejaban llegar á que saciasen su sed en el arroyo sin hacerles daño, podian haber hecho lo mismo al brillar la primera luz del dia siguiente, y pasar libremente al campo realista dando cuenta de lo que habia acontecido en el fuerte. No se escuchaba por el rumbo de la barranca mas que la continua detonacion de los fusiles, acompañada de las voces lastimeras de los que caian heridos en la fuga; ni se veian en medio de la densa oscuridad que reinaba, mas que el fogonazo de los fusiles, brillando instantánea y alternativamente en diversos puntos, como relámpagos en medio de la negra y tempestuosa nube. En medio de la confusion y del terror, varios de los independientes retrocedieron al fuerte, mientras otros se atropellaban ansiando cada cual ser el primero en verse fuera de la línea

sitiadora. Los que lograron salir unos despues de otros y en dispersion completa, fueron alcanzados á la mañana siguiente por la caballería de Bustamante y de Villaseñor, que se lanzó sobre ellos acuchillándoles con terrible furia, no logrando escapar de la muerte sino un número muy corto que no pasaba de cincuenta hombres, favorecidos por la densa niebla que les cubrió en su fuga. Entre estos pocos que tuvieron la fortuna de salvarse, se hallaban D. Pedro Moreno y D. Juan Davis Bradburn. Los que volvieron al fuerte, trataron de preparar durante la noche, todo lo que pudiese servirles de defensa, para resistir al siguiente dia el ataque de los realistas; pero no encontraron medios con qué defenderse, pues habian sido destruidos por ellos mismos antes de salir. D. Pascual de Liñan, no bien se despejó la densa niebla que reinó al amanecer del dia 20, formó las compañías de cazadores de Navarra y de Zaragoza, y ocupó con ellas el fuerte. Los pocos soldados independientes que se habian refugiado en él, dispararon algunos tiros que no sirvieron mas que para empeorar su situacion, pues hechos inmediatamente prisioneros, pesaba sobre ellos el cargo de haber sido aprehendidos combatiendo. La esposa y los hijos de D. Pedro Moreno, así como la de D. Sebastian Gonzalez y sus niños, cayeron en poder del jefe realista. Los heridos y enfermos que quedaron en el fuerte, fueron inmediatamente fusilados. A los prisioneros, cuyo número ascendia á doscientos, se les ocupó desde el dia 20 hasta el 22, en destruir las fortificaciones, y terminada esta operacion, fueron pasados por las armas. Unicamente se perdonó á las mujeres y los muchachos. Uno de los prisioneros, para

salvarse sin duda de la muerte, descubrió el sitio en que los independientes habian dejado enterrado el dinero al evacuar el fuerte; pero á pesar de eso sufrió la suerte de los demás.

1817. Con fecha 24 del mismo mes de Agosto, no sabiendo todavía el virey Apodaca la toma del fuerte del Sombrero, escribió á Liñan, previniéndole «que no se admitiesen á capitulacion los fuertes y tropas de los rebeldes, desechando cualquiera propuesta que no fuese rendir las armas á discrecion; pero que en caso de hacerlo así, ó en el de ser tomados á viva fuerza, solo se castigase con pena de muerte al traidor Mina, á los que llegaron con él, extranjeros y españoles, y á los cabecillas principales de los rebeldes que estuviesen en dichos fuertes ó tropas, condenando á los demás por seis años al presidio de Mescala en la provincia de Nueva Galicia.» Por desgracia, esta disposicion llegó despues de las ejecuciones del cerro del Sombrero, aunque fué utilísima para lo sucesivo, pues evitó en gran manera el derramamiento de sangre. Liñan habia obrado respecto á los defensores de la posicion que llegó á ocupar cuatro dias antes de haber sido expedida la orden, segun las que anteriormente se habian dado.

Destruidas las fortificaciones del cerro del Sombrero, Liñan se dirigió sin pérdida de momento á sitiar el fuerte de los Remedios, en el cerro de San Gregorio, que el Padre Torres habia fortificado poderosamente. Cuando Mina salió del fuerte del Sombrero con objeto de introducir agua y víveres en él, se dirigió con cien hombres de caballería hácia la de los Remedios, para tratar con el Pa-

dre Torres de socorrer á los que quedaban sitiados. En el tránsito, entre Leon y Silao, encontró una partida de caballería realista que se dispuso á disputarle el paso. Mina la desbarató lanzándose con ímpetu sobre ella, quedando muerto el oficial que la mandaba, y el 17 de Agosto llegó á los Remedios, donde encontró al Padre Torres ocupado en aumentar las obras de defensa del cerro, proveerlo de víveres y hacer cuanto era preciso para resistir un severo sitio, pues estaba persuadido de que Liñan, despues de apoderarse del fuerte del Sombrero, que no dudaba caeria en su poder, marcharia á sitiarse. Mina, deseoso de socorrer á los compañeros de armas que habia dejado en el cerro del Sombrero, consiguió que Torres diera orden á los jefes de partidas que le obedecian, para que se reuniesen, á fin de que con la cooperacion de todos, los sitiados recibiesen los auxilios que esperaban. Cuando se daban los pasos para realizar el plan, se recibió la noticia de la ocupacion del fuerte por los realistas, y todo quedó sin efecto. Varios de los que habian logrado salir del cerco se fueron presentando en el fuerte de los Remedios, y aunque no podian dar razon de todos los pormenores, sí hicieron comprender que debian ser muy pocos los que se habian salvado de la muerte. El Padre Torres y Mina destacaron inmediatamente algunas fuerzas para que recogiesen á los que debian andar dispersos; pero á pesar de todos sus esfuerzos, solo pudieron reunir treinta y uno. Obligado Mina por este infausto suceso á cambiar de plan, combinó con el Padre Torres, que éste permaneciese en el fuerte continuando en sus obras de defensa, mientras él, con un cuerpo de

caballería de novecientos hombres, recorria las inmediaciones para proveer abundantemente de víveres á la guarnicion, antes de que se aproximasen las tropas realistas y quitar á éstas todos los recursos para cuando estableciesen el sitio. En consecuencia de esta determinacion, Mina salió de los Remedios con la gente que Torres puso bajo su mando, dejando en el fuerte, para auxiliar á su defensa, á casi todos los compañeros que le quedaban de los que habian llegado con él de los Estados Unidos.

1817. El fuerte de los Remedios en que el Padre Agosto. Torres habia levantado numerosas obras de fortificacion, estaba colocado en una línea de cortas y escabrosas alturas que se elevan ásperas y severas, en medio de la feraz llanura de Pénjamo, en la rica provincia de Guanajuato: la distancia á que se halla de la capital de este nombre, por el Sudeste, es de doce leguas, en que se encuentran fértiles campiñas y tierras perfectamente cultivadas. Las escabrosas alturas mencionadas eran conocidas con la denominacion de Cerro de San Gregorio, y el Padre Torres dió al fuerte que construyó sobre ellas el nombre de los Remedios, por la advocacion de una de las imágenes de la Madre del Salvador que tenia gran veneracion en la Nueva España y que aun sigue teniendo en aquel país, hoy república mejicana. Desde la fértil llanura se va levantando la subida por cuestas, muy pendientes algunas, hasta el punto llamado de Tepeyac, que es el más elevado. En él tenian establecido los independientes un sólido baluarte que podia considerarse como la llave de la posicion. Desde este punto, el terreno desciende al Sur hasta volverse á levantar en la otra eminencia lla-